

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL HOY

Autor: Germán Sánchez

La dirección espiritual ha sido uno de los medios para la santificación de las almas. Desde sus comienzos en el monaquismo hasta nuestros días, ha atravesado por diversos momentos y se ha enriquecido con la aportación que el desarrollo de diversas ciencias humanas ha aportado a la humanidad. Junto con este apoyo también se han venido dando tendencias a reducir la dirección espiritual a un foro de consulta para confirmar de alguna manera las intuiciones o disposiciones del cliente.¹

Existen por otra parte nuevas corrientes, basadas en las recientes aportaciones de la Psicología cognitiva cuyo centro es la facultad que tiene la persona para resolver por sí misma, con la ayuda del terapeuta, sus problemas y situaciones específicas, problemas que de alguna u otra forma dependen de la visión que el hombre tiene de la vida, de sí mismo y del futuro.²

Como expertos en humanidad, las personas consagradas encargadas de ayudar a sus hermanas en religión a alcanzar la perfección evangélica expresada a través de la consagración religiosa, no pueden ni deben permanecer al margen de las aportaciones que las ciencias humanas pueden brindarles en su labor de formadoras.

Siendo la dirección espiritual elemento primordial para el desarrollo espiritual de las personas consagradas a Dios a través del seguimiento de los consejos evangélicos y pudiendo enriquecerse o empobrecerse por un uso adecuado o inadecuado de la psicología ³ en este artículo trataremos de ahondar la relación y el beneficio que aporta la psicología de consultación y la dirección espiritual.

En este último decenio se han venido revisando varios modelos psicológicos y han ido surgiendo otros muchos, de entre los cuales destaca la Psicología de consultación. Comenzada y desarrollada en Italia por el Prof. Antonio Tamburello ⁴ inicia como una derivación de la psicología comportamentalista. Fundada en una visión antropológica del hombre y reteniendo como principios básicos los últimos fines del hombre, la Psicología de consultación aporta elementos valiosos para quien ejerce el difícil pero apasionante oficio de director o directora espiritual.

En el campo de la dirección de las almas, ¿todo se reduce a una labor psicológica o todo se reduce a la gracia de Dios? No es fácil establecer una diferenciación neta entre estas dos vertientes y hay quien retiene como falso este planteamiento. Nuestro objetivo será descubrir los elementos esenciales de la Psicología de consultación que pueden ser tenidos como instrumentos válidos y valiosos para la dirección espiritual.

NOTAS

¹ C. Rogers, *La terapia centrada*.

² Epicteto. "Enquiridion". "A los hombres no los perturban las cosas, sino la visión que tienen de ellas".

³ Equip. *Percorsi umani e spirituali nella Direzione Spirituale* EdiSI, Genova 2002

⁴ El Prof. Antonio Tamburello es Fundador y presidente del Instituto Skinner de Roma y coordinador académico del Master de Consultación en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma.

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL: INTRODUCCIÓN

Autor: Guadalupe Magaña

Un gran interés se percibe en el contacto con la mujer consagrada pero también entre las demás personas, podríamos decir, en la vida de la Iglesia. Las numerosas publicaciones al respecto confirman lo que en trato ordinario podemos conocer. Todos necesitamos de una iluminación y de una clarificación de lo que es la voluntad de Dios para cada individuo.

Siendo ésta uno de los principios fundamentales de la formación espiritual de toda persona que ha escuchado el llamado a la santidad, de manera sencilla le ofrecemos nuestra contribución sobre la Dirección Espiritual.

Si bien es cierto que cada persona ha de *autoformarse*, también es cierto que necesita de la colaboración de alguien que pueda prestarle una ayuda *personalizada*. Ocasión privilegiada es la *dirección espiritual*.

Es un tema vastísimo y existe el riesgo de confundir la conceptualización. Aquí vamos a utilizar los términos como se han recogido en la tradición de la Iglesia. Y lo vemos así: se trata de la colaboración que una formadora preparada dispensa a una joven en formación o a otra hermana a quien la voluntad de Dios le ha asignado para ayudarle en el camino de su transformación en Jesucristo. Es un ayudarle a "encontrar la dirección" y motivarle a seguirla libremente.

Haciendo uso del realismo antropológico y pedagógico nos ayudamos a comprender que la persona a quien orientamos necesita de verdad esta colaboración. Todos nos encontramos ante el riesgo de cegarnos por el subjetivismo, y encerrarnos en una visión parcial de las cosas y sobre todo, de nosotros mismos. Qué cierto es el refrán popular, "nadie es buen juez en su propia causa". San Bernardo dice asimismo que "los novicios en la vida religiosa han de ser conducidos por un padre nutricio que los instruya, dirija, consuele y los aliente". (De diversis, sermo VIII, 7) y en una de sus cartas leemos: "Aquel que se constituye en maestro de sí propio, se hace discípulo de un necio". Y añade "Me atrevo a afirmar que es mucho más sencillo conducir a muchos otros que conducirme a mí solo" (Epist 87, n 7).

¿Quién no ha pasado por momentos de turbación, de oscuridad? Cómo agradecemos la ayuda de alguien que nos tienda la mano, que vea nuestro problema desde fuera y nos ayude a ver con objetividad, nos dé su apoyo, nos

brinde consuelo. Nuestro mundo interior es complejo, el egoísmo nos engaña menos cuando nos dejamos conducir por esa mano amiga, esa maternal y firme cercanía de quien puede ayudarnos a dilucidar el sendero que me conduce hacia el Ideal.

Se trata, pues, de una colaboración con la persona a quien se orienta (dirige) sin perder de vista que tanto la una como la otra colaboran con el Espíritu Santo. Se trata de ayudar a la dirigida a encontrar, no lo que a mí, formadora experimentada y prudente me parece conveniente, sino ayuda a descubrir lo que Dios quiere de ella y para ella en cada momento. Bien podemos decir que la dirección espiritual es un diálogo a tres: la orientanda, la formadora y el Espíritu Santo, en el cual los dos primeros tratan de escuchar la voz del tercero, para comprender cual es la voluntad de Dios sobre la orientanda.

El diálogo individual con la formanda sobre su propia vida espiritual, no es un invento reciente, es una práctica muy antigua y bien arraigada en la historia de las religiones y especialmente en nuestra Iglesia desde sus orígenes. En los primeros siglos santos monjes como Pacomio, Antonio, Benito, Patricio, Doroteo, y Juan Climaco, fueron dirigidos por un padre espiritual, o ellos mismos dirigieron a otros. También algunos seglares, incluyendo emperadores, tenían su director espiritual. Descubrimos detrás de ello una sencilla razón, la vida de todo hombre, desde el momento que nace, se convierte en un peregrinar hacia Dios, y todos necesitamos en este caminar ascendente una dirección para llegar a su encuentro.

NATURALEZA DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

Autor: Guadalupe Magaña

En sentido amplio, la dirección espiritual se inserta en el ámbito de la educación; concretamente en el área que busca el perfeccionamiento ético y religioso de la persona mediante la labor de orientación.

En sentido estricto, la dirección espiritual se concibe como una relación estable entre una persona experimentada en la vida espiritual (orientador espiritual, orientador moral, maestro del espíritu, consejero, etc.) y otra que busca doctrina, consejo y aliento para progresar en su camino de vida espiritual, humana y apostólica. Para llegar a este fin, quien busca consejo manifiesta sinceramente sus disposiciones interiores (conciencia) y sigue dócilmente las indicaciones recibidas del orientador espiritual.

“Ese camino debe recorrerlo el alma – indudablemente –, pero incumbe al orientador trazarle la ruta que deberá seguir en cada momento de su vida espiritual. No se trata de empujar, sino de conducir suavemente, respetando la libertad de las almas”. (Royo Marín, Teología de la Perfección Cristiana, B.A.C. 6ª ed, Madrid, 1988. n. 671, p. 808). Esto nos lleva de paso a una cuestión que hoy día se plantea en el campo de la dirección espiritual. Esta es, se dice, una relación interpersonal que se inserta en las estructuras de la comunicación humana, cuyo presupuesto fundamental es el respeto de la libertad de la persona. Por lo mismo, la dirección espiritual habría de ser no-directiva, es decir, no tendría que imponer una guía, consejo o solución determinada para respetar dicha libertad. Consecuentemente, muchos autores preferirían no hablar de relación director-dirigido, sino de relación consultor - consultante, como la que se desarrolla en el ámbito del "counseling", de la asistencia social y aun de la psicología, es decir, una relación benévola, neutra y no impositiva. ¿Qué hemos de responder? Ante todo hay que disipar un equívoco de fondo: una cosa es suplantar a quien ha de tomar una decisión, imponiendo una dirección determinada y presionando para que la siga, y otra el inhibirse por completo de *toda ayuda que se nos pide en la búsqueda y seguimiento del plan de Dios en la vida.*

Comprendamos lo que entendemos aquí por «dirección espiritual». El nombre de esta práctica, tal como se ha recogido en la tradición de la Iglesia, no debe llevarnos a una inteligencia errónea de su sentido genuino.

Podríamos hablar en su lugar de «diálogo espiritual», «encuentro personal de formación», «orientación espiritual», etc. El nombre es secundario. Lo importante será entender bien que se trata de una colaboración que un miembro preparado dispensa a otro para ayudarle a caminar en su propia vocación. El orientador espiritual, ciertamente, no está ahí para «dirigir» al otro como se dirige una carreta, sino para ayudarle a «encontrar la dirección», y motivarle a seguirla libremente.

No se trata de imponerle la dirección que él como persona experimentada y prudente, cree más conveniente, sino de ayudarle a descubrir lo que Dios quiere en cada momento.

En realidad, el orientador espiritual, como todo formador, colabora con el dirigido en la medida en que colabora también con el Espíritu Santo. Nos ayudará el recordarlo antes de dar o recibir la dirección espiritual, o bien durante la misma y al concluirla, pidiendo luz al Espíritu Santificador, protagonista principal e insustituible en la dirección espiritual.

DESARROLLO HISTÓRICO DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

Autor: Guadalupe Magaña

La relación maestro - discípulo.

Una relación maestro - discípulo que incluía no sólo la transmisión de ideas, pensamientos y conceptos por medio de la palabra, sino que además la presencia ejemplar del maestro, ejercía gran influencia sobre el discípulo.

Considerados como maestros de vida, no sólo transmitían conceptos teóricos, sino que su instrucción abarcaba todos los aspectos de la vida y del comportamiento moral.

¿Y el discípulo? Él era el aprendiz. De él se esperaba la voluntad de aprender, asimilar y modelarse conforme a una doctrina y estilo de vida. Se esperaba una actitud de apertura de conciencia, de confianza y de disponibilidad hacia su maestro.

El modelo de maestro es Jesús: *“Se volvió Jesús a ellos, viendo que le seguían, y les dijo: ¿Qué buscáis? Dijéronle ellos, Rabí, que quiere decir Maestro, ¿dónde moras? Les dijo: Venid y veréis. Fueron pues, y vieron donde moraba, y permanecieron con El aquel día. Era como la hora décima”.* (Jn 1,38-40)

La relación padre - hijo espiritual

Una vez que Cristo asciende a los cielos y habiendo dado a los apóstoles el mandato de ir predicar, de bautizar, de transmitir todo lo que Él les había dicho y como Él lo había hecho, como consecuencia desempeñan su misión como verdaderos “padres espirituales”.

San Pablo a los Gálatas los llama "hijos míos". Los cristianos de Galacia, se habían desviado de la doctrina que él les había predicado, dieron oído a los falsos apóstoles judaizantes. San Pablo experimenta un gran dolor y les dice: *“¡Hijos míos! por quienes sufro de nuevo dolores de parto”* (Gál 4,19), manifestándoles su amor paternal que los engendra a la vida nueva en Cristo y a la vez los sostiene y anima.

Los Hechos de los Apóstoles así como las cartas nos dan noticia de la preocupación paternal por los recién nacidos a la vida nueva. En cada comunidad van dejando a personas dignas y con autoridad para que los sustituyeran como guías espirituales. Les dan recomendaciones para el cuidado de las almas que les son confiadas.

Época difícil la de los inicios de la Iglesia que requería de la valentía y del amor apasionado al Evangelio. Las cartas de San Ignacio de Antioquia son muestra de cómo vivir el cristianismo con radicalidad, de cómo aspirar a llegar a ser un trasunto de Cristo.

La dirección espiritual como apertura de conciencia en la vida monástica.

Con el inicio del monacato a mediados del siglo III, muchos cristianos, al darse cuenta de la santidad de vida de los ermitaños y de los monjes, acudían a ellos en busca de consejo espiritual. Estaba comenzando el estilo de vida según los consejos evangélicos vividos en radicalidad.

En las comunidades monásticas se institucionaliza la apertura de conciencia al abad o prior del monasterio, o a algún otro monje de gran experiencia. De esta manera se hace práctica ordinaria la dirección espiritual. Al respecto encontramos testimonios de representantes de la teología ascética como Casiano, que vivió largos años entre los monjes de Palestina, de Siria y de Egipto. En uno de sus libros exhorta con ahínco a los jóvenes cenobitas a abrir su corazón al viejo monje encargado de su dirección; pide le manifiesten, sin reparo alguno ni falsa vergüenza, sus más secretos pensamientos, y se entreguen enteramente a su parecer en lo que toca al discernimiento de lo que es bueno o malo. Esta recomendación sigue siendo válida hoy.

La dirección espiritual continua y periódica en el Renacimiento y en la Época moderna.

Es conveniente fijar nuestra atención en dos hechos sobresalientes del siglo XVI:

a) La meditación como medio privilegiado de la vida espiritual.

Santa Teresa y San Juan de la Cruz, insistieron en la importancia de la vida de oración como camino que debe recorrer un alma para alcanzar la contemplación y unión con Dios. Los dos comprendieron la necesidad de consultar a un padre espiritual que dirigiera la vida interior, y que les ayudara a apartarse de posibles errores. Un hombre ‘docto y santo’, a quien acudir para consultar sobre las experiencias espirituales de oración que se iban teniendo. Frente a estas requisiciones, la dirección espiritual en este período toma forma de respuesta a una consulta hecha por una persona que tiene experiencia de oración y busca progresar en su vida espiritual.

Encontramos así las siguientes recomendaciones:

“La humildad y sujeción al maestro espiritual, comunicándole todo cuanto le pasa en el trato de Dios, causa luz, sosiego, satisfacción y seguridad”. (San Juan de la Cruz, *Obras Escogidas, Colección Austral, n 326. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1969*).

“Y qué gran cosa es, hijas, un maestro sabio, temeroso, que previene a los peligros. Es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad. No podría encarecer con palabras lo que importa esto”. (Sta. Teresa de Jesús, *Obras Completas. Ed Aguilar, Madrid, Camino de Perfección. N. XXXVII, p. 369*).

b) La práctica de los ejercicios espirituales.

San Ignacio de Loyola, influyó decisivamente sobre la dirección espiritual puesto que ella representaba la columna vertebral durante los Ejercicios Espirituales.

Es necesaria en Ejercicios Es necesaria para:

- discernir las disposiciones personales del ejercitante,
- sus emociones internas,
- ayudarle en sus dificultades,
- disponer conforme a ellas la materia de los puntos a meditar,
- y ayudarle a abrir su alma a la voz de Dios, máxime al hacer elección o reforma de vida, respetando siempre la libertad del ejercitante.

En este contacto personal, tanto el ejercitador como el ejercitante deben mostrarse dóciles a las mociones del Espíritu Santo: pues al ejercitador se le concede un carisma especial por el que desempeña eficazmente su oficio

para ayuda del ejercitante; y a éste se le comunican las luces y gracias adecuadas a la situación de su alma a través del ejercitador: para hacerle caminar por la vía de la fe, de la humildad, de la sencillez de espíritu. Ha de ser, por tanto, coloquio en la fe.

Dios ha dispuesto que, de forma ordinaria, los hombres se salven con la ayuda de otros hombres; y así, a los que Él llama a un grado más elevado de santidad les proporciona también a unos hombres que les guíen hacia esta meta.

La dirección espiritual HOY.

La Iglesia a través de los siglos suele apoyarse en la experiencia de sus “pioneros” de la vida espiritual.

Actualmente la mayoría de los escritores espirituales, maestros de vida espiritual, autores de tratados de teología ascética y mística, recogen la doctrina tradicional de la Iglesia y recomiendan la dirección espiritual. Esta práctica compendia la relación: maestro - discípulo, padre - hijo espiritual, consulta al hombre docto y santo, y la formación espiritual personal y continua.

“Y para descubrir la concreta voluntad del Señor sobre nuestra vida son siempre indispensables la escucha pronta y dócil de la palabra de Dios y de la Iglesia, la oración filial y constante, la referencia a una sabia y amorosa dirección espiritual, la percepción en la fe de los dones y talentos recibidos y al mismo tiempo de las diversas situaciones sociales e históricas en las que se está inscrito”. (Juan pablo II, Christifideles Laice, Librería Parroquial, México, n 58, p. 175).

“Los ministros ordenados, la vida consagrada, la catequesis, los grupos de oración, la dirección espiritual aseguran en la Iglesia una ayuda para la oración”. (CAT IC, n 2695).

El verdadero concepto de dirección espiritual respeta la libertad de la persona y la dignidad de su conciencia. La necesidad manifiesta que tienen las personas de ayuda y consejo la palpamos por doquier. Los grupos “pseudoespirituales” y sus maestros, a quienes muchas personas acuden, llevan a los clientes a la pérdida de la fe y a al no encuentro con Dios. Hacen falta buenos orientadores espirituales. .

Por ello con gran acierto el Sto. Padre Pablo VI afirmó:

“Sería ciertamente un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero, proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida por Jesucristo, con plena claridad y con absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda hacer, sin coacciones, solicitudes menos rectas o estímulos indebidos, lejos de ser un atentado contra la libertad religiosa es un homenaje a esta libertad, a la cual se ofrece la elección de un camino que incluso los no creyentes juzgan noble y exaltante”. (Evangelii nuntiandi, n. 16).

Para recordar:

- Jesús, el Maestro por excelencia, da ejemplo de atención personalizada a sus apóstoles, y marca el camino de la dirección espiritual.
- La dirección espiritual forma parte de la Tradición viva de la Iglesia desde su origen.
- Desde los primeros siglos, fue una práctica continua, consolidada durante siglos en ambientes religiosos.
- En la actualidad, la práctica de la dirección espiritual resulta un medio desconocido para muchas almas consagradas y experimentan vivamente su necesidad.

Reflexión personal:

1. ¿Podrían mis orientados llamarme “maestro de vida” no sólo porque les transmito teorías espirituales, sino por mi experiencia de Dios que les interpela en su comportamiento moral?
2. Concretamente, ¿cómo desarrollo mi misión de “padre espiritual” o “madre espiritual” con las personas que tengo en dirección espiritual?
3. ¿Qué influencia tiene mi meditación personal en torno a la figura de Cristo sobre mi misión como orientador(a)?
4. Analizar el contenido de la Reflexión de fe I - 3 y comentar si este punto de vista tiene validez en la Iglesia actual.
5. ¿Qué papel juega la humildad para abrazar el consejo del Papa León XIII? *“Dios ha dispuesto que de forma ordinaria, los hombres se salven con la ayuda de otros hombres y así, a los que Él llama a un grado más elevado de santidad les proporciona también a unos hombres que les guíen hacia esta meta”.*

Reflexión de fe 1:

No hay en la Sagrada Escritura ningún texto claro y determinante que aluda directamente a esta cuestión, pero lo insinúa suficientemente en multitud de textos. Véanse, por ejemplo, los siguientes:

Sigue el consejo de los prudentes y no desprecies ningún buen consejo” (Tob 4,18).

“Si uno cae, el otro lo levanta; pero ¡ay del solo, que, si cae, no tiene quien lo levante” (Ecl 4,10).

“No hagas nada sin consejo, y después de hecho no tendrás que arrepentirte” (Ecl 32, 23).

“El que a vosotros oye, a mí me oye” (Lc 10, 16).

“Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros” (2 Cor 5,20).

Pueden citarse, además, los ejemplos de San Pedro, enviado a Cornelio (Act 10,5), y el de San Pablo a Ananías (Act 9,6), etc.

Reflexión de fe 2

Dios, constituyó la Iglesia como sociedad jerárquica, quiso que las almas se santificaran por medio de la obediencia al Papa y a los Obispos en el fuero externo, y a los confesores en el interno. Así, cuando Saulo se convirtió, en vez de manifestarle Jesús directamente sus propósitos, le envió a Ananías, para que de boca de éste oyera lo que había de hacer. Fundándose en este pasaje, Casiano, San Francisco de Sales y León XIII demuestran la necesidad de la dirección espiritual: «En los mismos comienzos de la Iglesia, dice este último, hallamos una demostración famosa de esta ley: aunque Saulo, cuando respiraba amenazas y muerte, oyó la voz del mismo Cristo, y le preguntó: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Con todo fue enviado a Damasco, a casa de Ananías: Entra en la ciudad, dónde se te dirá qué debes hacer». Y añade: «Ésta ha sido la práctica constante de la Iglesia, ésta la doctrina que han profesado a una todos cuantos, en el correr de los siglos, han brillado por su ciencia y santidad» (Tanquerey, o.c. 531, p.286).

Reflexión de fe

La Iglesia rechazó siempre la emancipación del orientador, preconizada por los falsos místicos con el pretexto ilusorio de dejar a las almas en mayor libertad bajo la acción del Espíritu Santo, y ha recomendado siempre la obediencia y sumisión a un sabio y experimentado orientador. Recogiendo el sentir de la Iglesia, León XIII, en carta al cardenal Gibbons, afirma terminantemente que esto ha sido siempre lo que han practicado los santos de todas las épocas y que los que rechazan esta doctrina incurren en verdadera temeridad. He aquí sus propias palabras: «Añádase, además, que los que tratan de santificarse, por lo mismo que tratan de seguir un camino poco frecuentado, están más expuestos a extraviarse, y por eso necesitan, más que los otros, un doctor y un guía. Y esta manera de proceder siempre se vio en la Iglesia; esta doctrina fue profesada unánimemente por todos los que, en el transcurso de los siglos, florecieron por su sabiduría y santidad; y los que la rechacen no podrán hacerlo sin temeridad y peligro» (Antonio Royo Marín, o.c. n. 672, p. 809).

DEFINICIÓN DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL.

Autor: Guadalupe Magaña

La dirección espiritual, además de ser una forma de comunicación humana, es ante todo un diálogo en la fe, dentro de la Iglesia, de dos personas que buscan juntamente conocer la voluntad de Dios en lo concreto de la vida. El diálogo espiritual es una búsqueda en la fe de la voluntad de Dios, entre el Espíritu Santo, el que orienta y el que recibe ayuda o consejo. Se trata de ayudar al orientado en su realización personal y en su respuesta fiel a las exigencias que le plantea la voluntad de Dios en su vida. Es importante recalcar que se trata de una ayuda espiritual bajo la luz de la fe y la verdad del Evangelio. Esta ayuda debe servir al orientado para saber obrar en todo momento libremente, desde el amor y la disponibilidad; para desarrollar e integrar sus capacidades humanas, encauzar positivamente sus sentimientos y emociones; para orientarse hacia los demás en una actitud de servicio; para renovar constantemente su encuentro personal con Dios, apreciar las cosas de Dios y ser hombre de oración. De este modo se puede decir que la dirección espiritual es un diálogo entre tres: el formando, el formador y el Espíritu Santo, en el cual los dos primeros tratan de escuchar la voz del Tercero para comprender cuál es la voluntad de Dios sobre el formando. El Espíritu Santo es el gran Artífice de la santificación. Jesucristo, antes de su muerte en la cruz, prometió que nos enviaría su Espíritu para guiarnos hacia la verdad completa. Profundicemos en la definición y saquemos algunas conclusiones:

Diálogo en la fe:

Quiere decir que el diálogo se desenvuelve en un ambiente permeado de fe. El dirigido tiene fe en que su orientador espiritual ha sido puesto por Dios para esta misión. El orientador cree que está ahí por misión divina, porque Dios se lo ha encomendado, y por tanto realiza la labor apoyado en la certeza de fe de recibir el auxilio de la gracia divina. El diálogo no se establece necesariamente porque exista una afinidad natural o una amistad particular previa, sino porque ambos son conscientes de estar inmersos en un plan divino.

Es diálogo en la fe porque se trata de descubrir la voluntad de Dios, y ésta no se manifiesta por caminos meramente humanos; se requiere del ambiente sobrenatural propiciado por la fe. Si queremos llevar a las almas a asemejarse más a Jesucristo siguiendo su ejemplo y su doctrina, tal como se nos manifiesta en el Evangelio y en el Magisterio de su Iglesia; si buscamos que se comprometan con Él en la fe y el amor para realizar la propia vocación a la santidad y al apostolado en la Institución a la que cada una ha sido llamada, según el carisma inspirado por Dios a la fundadora. Es una ayudar a la persona orientada a encarnar en sí misma el plan de Dios en su vocación concreta.

Dentro de la Iglesia:

Significa la conciencia que ambos tienen de formar parte del Cuerpo Místico de Cristo: la Iglesia. Es decir, que los lineamientos que un orientador espiritual seguirá para dirigir a nivel espiritual, doctrinal y moral, son los de la Iglesia católica. Ello exigirá nuestra preparación y la coherencia con nuestra fe, recurriendo a la fuente de la verdad que se

encuentra en la Sagrada Escritura, en la Tradición, y en el Magisterio, más que a nuestras opiniones subjetivas.

Para que la dirección espiritual vaya modelando la mujer consagrada según el carisma de su congregación, para que vaya respondiendo al llamado de Dios que pide una respuesta de generosidad, ha menester la orientadora, de ir descubriéndole la ruta que conduce a plasmar en su persona en su vida la voluntad de Dios.

Obtenido lo anterior, se debe proceder, de un modo muy positivo, a hacer avanzar al alma por el camino del bien. Es necesario mantener la exigencia ascética para abstenerse de todos los elementos que impidan al dirigido escuchar y aceptar la voluntad de Dios y, sobre todo, es necesario ofrecerles clarificaciones y motivaciones dentro de un proyecto de vida centrado en el amor a Cristo, el amor a las almas, la integración con la espiritualidad y mística de la congregación y la pasión apostólica efectiva por hacer que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. De forma que, por la acción del Espíritu Santo, llegue a ser una mujer de oración, de sacramentos y de vida espiritual, elementos que son oxígeno y el alimento de toda mujer consagrada, de todo apóstol.

En todo el proceso de dirección espiritual, la pertenencia a la congregación se considera como la vocación a la que Dios le ha llamado y a la que ha de responder con creciente y generoso amor a Jesucristo.

Ya mencionamos cómo la dinámica de esta relación interpersonal no es tanto el influjo de la orientadora sobre la dirigida, cuánto la luz del Espíritu Santo sobre ambas para buscar la Voluntad de Dios. Así se salvaguarda la libertad y dignidad de la dirigida. Ésta y su orientadora reconocen por la fe que el Espíritu Santo orienta la comunicación espiritual que se instaura entre ellas. Ambas están de acuerdo en el proyecto fundamental de buscar y aceptar la Voluntad de Dios, y tratan de buscarla para vivirla en lo concreto de la propia vida. **Una vez comprendida cuál sea su voluntad, hay que llevarla al corazón; es decir, hay que amarla, hacerla objeto del amor y actuarla como consecuencia de ese amor a Dios que se hace concreto**

Entendemos pues, que se trata de una verdadera dirección del alma que Dios confía a la orientadora, quien no es una simple consejera. A esta luz, se ve también la necesidad de una docilidad activa, libre y responsable por parte de la dirigida.

Encontramos hoy en día, junto a la presencia del orientador espiritual, la figura del psicólogo, psiquiatra o psicoanalista. Estas personas se enfocan hacia una ayuda externa a la persona, para que ésta recobre su equilibrio interior cuando se encuentra en una situación de crisis o inestabilidad emocional.

No podemos decir que esta ayuda sea en sí algo negativo, pues las ciencias psicológicas han tenido un desarrollo muy importante y útil. Comprendemos que la persona humana, como unidad substancial de cuerpo y alma, vive situaciones psicósomáticas que reclaman la ayuda médica o psicológica de un especialista. Incluso pueden darse situaciones complejas y críticas que requieran la colaboración conjunta entre el especialista y la orientadora espiritual. Sin embargo, no debemos confundir ni suplantar la dirección espiritual con la entrevista psicológica o psiquiátrica.

La orientadora no es una psicoanalista; debe ser fiel a su misión, divinamente recibida, y evitar dos errores: primero aficionarse a la psicoterapia, esto es, no debe tratar directamente con los mecanismos del inconsciente ni con problemas emocionales, aunque sí conviene que los conozca lo suficiente para poder detectar su presencia... En segundo lugar debe darse cuenta de que los problemas psicológicos son completamente reales y que, cuando existen, pertenecen a un campo distinto del suyo. No deberá ser una de aquellas que por principio se mofan de la psiquiatría, y que suponen que se podrían solucionar todos los problemas emocionales con medios ascéticos.

LO QUE NO ES LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL.

Autor: Guadalupe Magaña

No es:

- Una sesión de consejos espirituales.
- Una simple conversación espiritual entre amigas.
- Una revisión de compromisos de vida.
- Un diálogo apostólico.
- Una consulta psicológica.
- Un diálogo no-directivo que no concluye en nada.
- Un medio de desahogo.

Recuerda:

La dirección espiritual es una relación estable entre una persona experimentada en la vida espiritual y otra que busca consejo, doctrina o aliento para progresar en su vida espiritual.

La verdadera dirección espiritual se efectúa:

- Dentro de la Iglesia
- Como un diálogo en la Fe
- Buscando la voluntad de Dios para la dirigida

Los protagonistas de la dirección espiritual son tres: Espíritu Santo, orientador y dirigido.

La dirección espiritual no es simplemente sumisión, aunque sea cordial, de una a otra, sino la sumisión común a la acción del Espíritu Santo. Él le da a una la gracia necesaria para dirigir a la otra por los caminos previstos en el plan y designios divinos; y a ésta, la fuerza necesaria para seguirlos con generosidad.

Cada una tiene su modo, sus dones, su momento, su historia, y por lo mismo, cada una sigue una senda misteriosa dentro de la común vocación de consagración según la vivencia radical de los consejos evangélicos en el carisma de la propia institución.

Cuestionario personal:

- 1.-¿Soy consciente del papel del Espíritu Santo en la dirección espiritual? ¿Actúo mi fe pidiendo luz al Espíritu Santo?
- 2.-¿Fomento el ambiente de fe que debe existir en la dirección espiritual?
- 3.-¿He profundizado en la importancia de formar a las almas a mí encomendadas en conformidad con el carisma propio para dotar a la Iglesia de hijas fieles y apóstoles?
- 4.-¿Cuáles son los fundamentos del respeto a la libertad personal que se da en la dirección espiritual según la definición propuesta?
- 5.-¿Qué importancia tiene la escucha al Espíritu Santo en la dirección de las almas y en los medios que ayudan para ello, tanto a la orientadora como a la dirigida?.

Reflexión de fe

“Existe la tentación de pensar que la dirección es una orientación para las actividades espirituales, consideradas como una pequeña parte o departamento de la vida de uno; que se va a la dirección espiritual para cuidar del espíritu, de la misma manera que se va al dentista para que cuide de los dientes, o al peluquero para cortarse el pelo, y esto es completamente falso. Al orientador espiritual le atañe toda la persona, pues la vida espiritual no es sólo la vida de la mente o de los afectos, o de lo más elevado del alma, sino la vida de toda la persona: pues el hombre espiritual (pneumatikós) es alguien cuya vida total, en todos sus aspectos y actividades, ha sido espiritualizada por la acción del Espíritu Santo...”

Es importante que recuperemos completamente la idea de dirección espiritual y la salvemos de su concepto adulterado -según el cual el orientador es simplemente al que acudimos para encontrar soluciones casi infalibles de casos de moral y ascética-. Si esto es lo que entendemos por orientador, comprenderemos que nuestro conocimiento se ha pervertido por una especie de convencionalismo pragmático y mágico. Se piensa que el orientador es alguien que está dotado de una autoridad especial casi milagrosa, y que tiene el poder de dar la fórmula adecuada cuando se le pregunta, tratándose como a una máquina que produce contestaciones afortunadas, que resuelve dificultades y que nos hace perfectos, pues tiene un sistema o, más bien, ha llegado a ser un experto en el funcionamiento del sistema de otros... Tal dirección espiritual es maquina y contribuye a frustrar el propósito auténtico de la genuina guía espiritual. Tiende a reforzar los mecanismos y rutinas con las que el alma destruye su propia capacidad para dar una respuesta espontánea a la gracia”. (Tomas Merton, o.c. págs.17-22.).

LAS CUALIDADES DE UNA BUENA DIRECCIÓN ESPIRITUAL.

Autor: Guadalupe Magaña

1.-Cómo debe ser la dirección espiritual

Encontramos varios adjetivos como descripción de las cualidades: *fecunda, renovadora, transformadora, enriquecedora*. Al leer atentamente estos adjetivos, nos daremos cuenta que cada uno de ellos nos habla de vida, porque en realidad la dirección espiritual siempre debe suscitar nueva vida espiritual y apostólica en el dirigido. ¡Pobres de nosotros y pobres de nuestros dirigidos si no aprovecháramos este encuentro para crecer! Cristo en el Evangelio nos dejó un reto que conquistar y una meta para cumplir: *“He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”* (Jn. 10,10), y también: *“Sean perfectos como mi Padre celestial es perfecto”* (Mt. 5,48).

2. ¿Qué características debe tener?

Si queremos que nuestra dirección espiritual sea como la hemos descrito, y no la reduzcamos a una charla espiritual, un simple desahogo o al cumplimiento formal de un compromiso, debe reunir una serie de características. La dirección espiritual debe ser: *periódica, motivadora y exigente, concreta, cordial y amable, profunda*.

- Periódica.

Nuestra santificación no se produce de la noche a la mañana, como la semilla plantada no crece de un día para otro. El proceso de nuestra santificación, como labor, se realiza en el tiempo. Hoy captamos una luz en este prisma de nuestra vida consagrada, mañana otro, y así, día a día, nos va cautivando toda su belleza y su atractivo. Dios nos va conquistando y transformando poco a poco. Se requiere ir a su paso con constancia. Una labor aislada puede quizás dar un pequeño empujón, pero no deja huella profunda. Por eso es esencial el seguimiento periódico de la dirección espiritual para moldear con paciencia y perseverancia la obra de arte descrita en nuestro ideal de vida. La periodicidad se pide tanto a la dirigida, que debe mantener la continuidad en su dirección espiritual, como a la orientadora, que debe analizar el número de religiosas que atiende en dirección espiritual y ver si puede realmente

ofrecer a todas ellas la posibilidad de una dirección espiritual periódica.

Cada una de las mujeres consagradas debe tener un encuentro con su orientadora espiritual por lo menos una vez al mes, ya que la dirección espiritual no puede depender del capricho o del gusto personal, ni por parte de la orientadora ni por parte de la dirigida. La mayoría de las veces la falta de regularidad en la dirección espiritual la encontramos, sobre todo, en no haber marcado previamente el día y la hora. Resulta normal que al carecer de una cita fija, se corra el riesgo de suplantar la dirección espiritual por cualquier otro compromiso, incluso menos importante. Por otro lado, se requiere también de cierta formalidad: cita hecha, cita mantenida. Si la orientadora cumple, la orientada verá la seriedad del compromiso y no lo pospondrá fácilmente. Al final de la dirección espiritual, ayudará concretar la siguiente cita apuntándola en sus respectivas agendas.

Nuestra recomendación a las personas que tienen esta delicada misión: de consagrar una buena parte del día a atender en dirección espiritual, dejando a un lado la creencia de ser tiempo perdido que podría dedicarse a otras actividades, aparentemente más urgentes, pero nunca más importantes. Descubrimos que las almas que realmente progresan en su vida espiritual, en su entrega a Dios y en su vida apostólica son las que no fallan a la dirección espiritual, y las directoras más fecundas, son las que son fieles en impartirla.

¿Cuánto tiempo debe dedicarse a cada dirección? No es posible determinar el tiempo requerido para una buena dirección. Se empleará el necesario, tomando en cuenta la edad y situación de la persona. Si formamos a la orientada para que la prepare bien, con precisión y delicadeza, ordinariamente será breve. No se trata de decir muchas cosas, sino de elegir sabiamente las que interesan para el provecho espiritual y las que conviene por tanto manifestar. Algunas personas requieren más tiempo que otras; hay almas más abiertas y espontáneas, otras más reservadas, debemos tomarlo en cuenta a la hora de citarlas.

El buen uso del tiempo nos exigirá también saber detectar las razones presentes en una persona que habitualmente exige más atención de la necesaria para así ayudarla a poner soluciones en la raíz, puesto que las direcciones prolongadas pueden ser contraproducentes. Por otra parte debemos evitar a toda costa dar impresión de agobio, de tener prisa, o de tener un horario restringido, ya que el orientado puede sentir que es un número más, o que nos quita tiempo. Por lo mismo, importa mucho no mirar el reloj indiscretamente al orientar a las hermanas.

Motivadora y exigente.

“No permita que, por ningún motivo, las religiosas se conformen con un grado de santidad más o menos «aceptable». Pero llévelas por el camino de la vida espiritual siempre de una forma positiva y constructiva, haciendo más hincapié en el atractivo de la santidad y en los medios para conquistarla que en las limitaciones y obstáculos que les son contrarios. Invítelas a subir más alto, a llevar su amor y fidelidad a Cristo hasta sus últimas consecuencias en la entrega de su vida diaria al servicio De Dios. Muéstreles la hermosura del camino de progresiva intimidad con Jesucristo que exige sacrificio y renuncia como medios de identificación con Él y de participación en su cruz redentora. Convénzales de que cuando un alma se deja tocar por su amor, y se abraza sin reservas a la cruz de Cristo, se transforma, se «transfigura» a lo divino. Dios no puede tocar un alma y dejarla igual”. (Recomendación de un sacerdote a una formadora).

Leer este extracto nos da luz para comprender que nuestra labor es presentar la cara hermosa de la lucha en el camino de la propia santificación.

La buena orientadora alimentará continuamente la confianza en la misericordia de Dios. Tratará de acercar a las almas a Dios, y por ello deberá caracterizarle el ser siempre positiva y motivadora. La motivación constituye el germen de la perseverancia; en ella se gesta realmente la perseverancia. La motivación conduce al amor y el amor es el fundamento de la vida, de la disponibilidad y de la generosidad.

Cuando se sabe orientar, motivar y exigir; cuando se sabe tener paciencia, Dios nuestro Señor bendice con creces la labor de la orientadora. Encerrada en las cuatro paredes de un pequeño despacho colabora con Dios en dar cauce a las grandes entregas en bien de la Iglesia. Creer en esto es creer en la pedagogía educativa, en el sistema formativo que llevará a las almas a Dios. Aunque no siempre resulta tarea fácil, sabemos que toda labor pastoral tiene sus ratos de alegría y de sufrimiento íntimo hasta ver revestidos de Cristo a aquellas que nos han sido confiadas en la dirección espiritual.

La labor positiva reviste una especial importancia en la dirección de mujeres, pues debido a su emotividad, su sensibilidad y su fina percepción de los detalles, suelen crearse una imagen negativa de sí mismas. Ante pequeños fallos se recriminan fácilmente: «soy mala», «no valgo», «no puedo»... si las impulsamos a la confianza en Dios y en sí mismas, se logrará mucho más que con impacencias o incomprensiones.

En este sentido, un análisis del Evangelio nos descubre casos muy hermosos de cómo Cristo, incluso ante el pecado de la mujer, siempre reacciona de una forma positiva y motivadora. Encontramos un claro ejemplo en el episodio de la mujer adúltera (Jn. 8,1-11) Jesús no corresponde a la actitud de aquellos hombres, armados con piedras, decididos a acabar con ella. Pero tampoco cierra los ojos al pecado como si nada hubiera ocurrido. Más bien Cristo le deja ver que conoce su falta; pero penetrando en sus sentimientos adopta la actitud de quien busca ayudar a un alma. Así, cuando todos se han ido, le dice con ternura y firmeza: *“Vete y en adelante no peques más”*. Si la orientadora se proclama defensora de la verdad, no puede abdicar de ella. Sin embargo, la presentará con bondad, de forma que la dirigida se sienta motivada. Recordará en todo momento la unidad de alma y cuerpo presente en el ser humano; unidad de espíritu y sentimiento; recordará que el hombre tiene necesidad de ser

comprendido, de ser aceptado y de ser animado.

"El director ha de saber compaginar la suavidad y dulzura de su trato, con el imperioso deber de corregir los defectos del alma dirigida. Ha de tener siempre presente que, aunque la finalidad misma de la dirección es eminentemente positiva -llevar al alma hasta la cumbre de la perfección-, no podrá lograrse jamás ese ideal sin la constante labor negativa de corregir y arrancar defectos, que nunca faltan del todo en ninguna de las etapas de la vida espiritual" (Antonio Royo Marín, Teología de la Perfección Cristiana, BAC, Madrid, 1988, n. 690, p.823). Exigencia y motivación van de la mano. Quien quiera exigir, debe saber motivar, y nunca exigir sin haber motivado, de otra manera la dirección espiritual caerá en saco roto.

-Profunda.

La dirección espiritual cobra esta dimensión especial, porque en ella, como hemos dicho frecuentemente, se busca descubrir la voluntad de Dios sobre el alma de cada persona. En esta búsqueda se compromete todo el hombre: inteligencia, voluntad, libertad, afectividad, sentimientos, emociones, pasiones, ideales.

Las orientadoras han de potenciar a cada una de sus dirigidas, que no se queden solamente en la tarea de ver si sus orientadas hacen la meditación sin distraerse, o si su examen de conciencia es más o menos bueno.

Para ello, la dirección espiritual no puede ser una entrevista superficial o un compromiso social. Recalcamos cómo tampoco puede ser un diálogo más o menos corto que ayude, sí, pero que no lleve a la profunda formación y transformación de la persona. Hay que evitar convertir la dirección espiritual en una serie de consejos espirituales, y no en una verdadera dirección del alma que Dios les ha confiado. Nos recuerda que cada dirección debe ayudar a fraguar un poco más, y más sólidamente, al santo, a la mujer de Dios, al apóstol; para lograrlo deberemos permanecer alerta para descubrir qué grado tiene la hermana a quien dirijo de formación de la conciencia, y ver si su conciencia está recta y sólidamente formada, o en qué campo se debe trabajar para lograr este tipo de conciencia.

"...hagan de la dirección espiritual un trabajo en profundidad para bajar a la conciencia y a las actitudes de fondo de la dirigida, y ayudarle a interiorizar los valores y principios de su vida cristiana y a tomar decisiones eficaces y duraderas".

Podríamos hacernos las siguientes preguntas, en un momento de meditación después de una tarde de orientaciones.

¿Crecen espiritualmente? ¿Son más apóstoles? ¿Se nota su presencia benéfica en la vida de comunidad, en el campo de su apostolado, en la vivencia de su vocación? ¿Voy a fondo en mis direcciones? ¿Cómo puedo ayudar mejor a esta alma? ¿La ayudo verdaderamente a formar su conciencia? ¿Llego a la raíz de los problemas?.

Cuando la persona trate un problema, busquemos llegar a la causa de fondo, sólo así la dirección espiritual resultará acertada y eficaz. No podemos dar respuestas prefabricadas. En conformidad con la problemática de fondo, vendrá dada la solución. Esto es vivir la caridad en plenitud, buscar lo mejor para el alma, aunque implique mayor esfuerzo.

-Cordial y amable.

La seriedad y profundidad que caracteriza a la dirección espiritual, no puede transformarla en algo frío, lejano, impositivo. Por el contrario, la dirección espiritual deberá desarrollarse en un clima de diálogo cordial y amable, porque la hermana dirigida habla de lo más íntimo de sí, de lo máspreciado, y lo pone en consideración, con toda confianza, ante quien lo orienta. Se sentirá alentada a abrirse si encuentra cordialidad sincera.

Conviene, por tanto, que la orientadora recuerde a quién representa y de quién es instrumento. Su conversación reflejará entonces los rasgos amables que descubrimos en los diálogos de Cristo, en su rostro, en sus palabras, en sus movimientos, en su dedicación total a cada persona. Permanecerá atenta a evitar aquello que pueda crear barreras y bloqueos. Dejará de lado cómo se siente, sus prisas y sus problemas personales, sus antipatías naturales, sus modos, sus prejuicios, su humor... y, en cambio, fomentará un gran amor a quien tiene delante, ya que el alma puede percibir todo, también a través del lenguaje corporal no verbal.

Incluso antes de hablar, la orientadora influye sobre la dirigida por su modo de comportarse y de acogerla. Se puede recordar aquí a san Pablo: *"Gracias sean dadas a Dios que nos hace triunfar en Cristo, y valiéndose de nosotros esparce en todo lugar la fragancia de su conocimiento"* (Cor. 2,14-15.) Su sola presencia debe revelar a Cristo y difundir los valores del Evangelio.

La cordialidad y amabilidad, junto con la serenidad de la orientadora, harán sentir confianza, de modo inmediato, a quien acude a la dirección espiritual. Sonreír, levantarse para abrir la puerta, saludar con cortesía y cordialidad... Desde el punto de vista humano, todos estos elementos generan confianza.

-Concreta.

El diálogo espiritual debe centrarse en la vida espiritual y en las inquietudes y problemas del momento que atraviesa la persona que es ayudada espiritualmente. Por ello, el diálogo espiritual debe asentarse fundamentalmente sobre el proyecto de vida espiritual que cada una ha de tener. Este proyecto de vida espiritual es un medio sencillo, claro, exigente, de metas concretas, que determina la orientación del propio esfuerzo en la búsqueda de la virtud y en la práctica de la vida cristiana. La revisión periódica y frecuente del mismo ayuda a desterrar los defectos y a cultivar la virtud

RECUERDA:

-La dirección espiritual siempre debe suscitar nueva vida en la dirigida.

-La dirección espiritual debe ser: periódica, motivadora y exigente, concreta, cordial y amable, profunda.

-Cada religiosa debe tener un encuentro con su orientadora espiritual por lo menos una vez al mes; y para que la dirección espiritual no dependa del capricho o del gusto personal, ni por parte de la orientadora ni por parte de la dirigida, conviene calendarizarla.

-Las almas que realmente progresan en su vida espiritual, en su entrega a Dios, en su vida apostólica, son las que no fallan a la dirección espiritual; y las orientadoras más fecundas son los que son fieles en impartirla.

-Cuando se sabe orientar, motivar y exigir, y cuando se sabe tener paciencia, Dios nuestro Señor bendice con creces la labor de las orientadoras.

CUESTIONARIO PERSONAL:

1. ¿Son las direcciones que imparto fecundas, renovadoras, transformadoras, enriquecedoras? ¿En qué lo noto?
2. ¿Qué características de la dirección espiritual debo mejorar como orientadora?
3. ¿Llevo mis direcciones espirituales con periodicidad? ¿Las tengo organizadas con día y hora? ¿Soy formal y exijo formalidad?
4. ¿Qué medios me propongo para elevar la calidad de las direcciones espirituales que imparto?

REFLEXIÓN EN EQUIPO:

1. Dificultades y soluciones ante el problema de la periodicidad en la dirección espiritual.
2. ¿Qué motivaciones ayudan más a las hermanas a quienes dirigimos?
3. Leer y comentar el pasaje de la Samaritana (Jn 4) viendo cómo refleja las características de la dirección espiritual: transformadora, renovadora, enriquecedora, fecunda.

REFLEXIÓN DE FE IV-1

“Cuando Natanael se acercaba al Señor, todavía con cierta desconfianza, llevado de la mano de Felipe, que le arrastraba, Jesucristo venció sus últimas resistencias con aquellas palabras: «antes que Felipe te llamara, te vi cuando estabas debajo de la higuera» (Jn. 1,48). Ningún exégeta podrá aclarar nunca el sentido cierto de esta expresión, que tocaba la experiencia íntima de Natanael y le envolvía con singular afecto de Jesucristo, ya que le hacía comprender que, antes de que nadie le hubiese hablado a Natanael de Jesús, ya él, Jesús, le seguía con atención personal de amor. Son detalles que hacen abrirse el corazón.

Igualmente, el joven rico se acercó al Señor atraído por la corriente irresistible de su bondad. Al llegar a Él, le brota espontáneo del corazón el saludo «¡Maestro bueno!» (Mc. 10,17). En la conversación entra después en el campo propio de la dirección espiritual, formulando la pregunta no ya de doctrina teórica, sino de aplicación práctica:

«¿Qué me falta todavía?» (Mc. 19,20). En ese momento, el evangelio de San Marcos anota la mirada amistosa que brilló en el rostro de Jesucristo: «Jesús, fijando en él la mirada, le amó» (Mc. 10, 21). Jesucristo le envolvía en su afecto divino. Le mostraba que le quería de verdad. De ese amor manifiesto brotará la invitación que le va a dirigir” (Luis Ma. Mendizábal, Dirección Espiritual, BAC, Madrid, 1994, pág.74)

REFLEXIÓN DE FE IV-2

“La dirección espiritual es una labor no espectacular, con frecuencia agotadora e ingrata, es también provechosísima para el mismo orientador que, además de ejercitarse en la confianza en Dios, aprenderá también a escuchar no sólo al que habla, sino también al Espíritu Santo que, a través de las palabras, trata de expresarse.

Para el orientador el diálogo constituye un verdadero ejercicio espiritual, pues le permite contemplar de cerca, sea el lado negativo del mundo espiritual - el peso de los estímulos carnales, la oscuridad de algunas conciencias, el enmascaramiento interior frecuentemente aceptado, la lentitud y pereza en obedecer al Espíritu Santo, la fuerza corrosiva del egoísmo y la sensualidad, la potencia tenebrosa del demonio obstaculizando la acción de Dios -, sea también su lado luminoso - la alegría de constatar que, en medio de tantas miserias, el Espíritu Santo prosigue su obra de purificación y fecundación de tantas almas apresurando el advenimiento del Reino de Dios; el abrirse lentamente, pero de modo irresistible, del alma a Dios, como la flor de la escarpada que, tras los últimos hielos de invierno, se abre y se vuelve hacia el sol, anhelante de vida y aire puro; el asistir maravillado a la prodigiosa transformación de la persona, cuando definitivamente Dios ha hecho presa en ella -.

Cuando Dios le dé la gracia de entrar en contacto con un alma transparente y dócil, él mismo acudirá a la escuela del Espíritu que enseña a comprender a través de la luz de otros”.

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

Autor: Santa Edith Stein

Esta meditación de Santa Edith Satín, enriquece nuestros conocimientos sobre la Dirección Espiritual y de este modo mejorar esta práctica necesaria a toda persona que desea ajustar su vida al proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada uno de nosotros necesita de la guía, de la ayuda de otra persona para descubrir la voluntad de Dios en el aquí y ahora. Quien tiene la delicada tarea de ser instrumento del Espíritu Santo en la guía de las almas ha de tener en cuenta esta virtud que la santa llama “Sancta Discretio”.

Sancta Discretio en la Dirección Espiritual

La Santa Regla de san Benito viene a menudo denominada como “*discretione perspicua*”, es decir, que se distingue

por la discreción. La discreción está considerada como impronta característica de la santidad benedictina. En cierto modo, sin ella no existe la santidad, y si se la comprende con suficiente profundidad y amplitud, se confunde con la santidad misma. Se confía a alguien “*bajo discreción*”, es decir, se espera que se guardara silencio. Pero discreción es mucho más que el simple sigilo. El discreto sabe, sin necesidad de que se le diga, sobre qué cosas no debe hablar. Posee el don de *discernir* entre lo que se puede decir y lo que se debe mantener en silencio, a quién se le puede confiar algo y a quién no. Esto sirve para los asuntos tanto personales como de los otros. Consideramos como “*indiscreción*” cuando alguien habla de sus asuntos personales en donde no conviene, o cuando su omisión fuera hiriente.

Se nos ofrece una cantidad de dinero “*a discreción*”, es decir, que podemos disponer libremente de ello. Esto no significa que podemos hacer uso a capricho. El donante deja en nuestras manos el uso porque está convencido de que podemos distinguir muy bien lo que se puede hacer con ello. También en este caso, la discreción es un don de discernimiento. De este don necesita especialmente el que tiene que dirigir almas. San Benito habla de ello en el contacto de lo que tiene que caracterizar al Abad (S. Regla, cap 64): en las disposiciones que toma, él tiene que ser “*previsor y aventajado*”, y ya sea un trabajo humano o divino lo que él manda, él tiene que saber *discernir* y ponderar teniendo presente el discernimiento de Jacob cuando dijo: “*si durante un día se les hiciera marchar apresuradamente, todo el ganado moriría*” (Gén 33,13).

Este y otros testimonios sobre el discernimiento, la madre de todas las virtudes, tiene que acoger en su corazón y sopesarlo de tal modo que sepa ver qué es lo que los fuertes exigen y qué es lo que asusta a los débiles. Se podría definir aquí la “*discretio*” como sabia moderación. Pero la fuente de tal moderación es el don del discernimiento, de saber qué es lo más adecuado para cada uno.

¿De dónde nos viene este don? En nuestra naturaleza hay algo que nos capacita para un cierto grado de discernimiento. Lo designamos como tacto o sensibilidad, un fruto de la cultura espiritual y sabiduría heredadas y adquiridas por medio de una compleja actividad educativa y a través de experiencias vitales.

El cardenal Newman afirmaba que el auténtico caballero (gentleman) se confunde casi con el santo. Ciertamente esto sirve mientras no se supere en cierto límite. A partir de ese límite el equilibrio natural se hace pedazos. Por otro lado, la discreción natural no penetra en lo profundo. Sabe muy bien “*cómo tratar a los hombres*” y llega a prevenir los atascos de la vida social, engrasando oportunamente los engranajes del sistema. Pero los pensamientos del corazón, lo más íntimo del alma, le permanecen escondidos. Allí penetra sólo el Espíritu que todo lo explora, incluso la profundidad de la divinidad.

La auténtica discreción es sobrenatural. Se encuentra sólo donde reina el Espíritu Santo, donde un alma, entregada totalmente y libre para moverse, está atenta a la suave voz del encantador Huésped y espera su soplo.

¿Hay que considerar entonces la discreción como un don del Espíritu Santo? Ciertamente no como uno de los siete dones conocidos, ni como un octavo nuevo. Pertenece a la esencia de cada uno de los dones, de tal modo que puede decirse que los siete dones son modalidades diversas de este don. El don del temor discierne en Dios la *divina majestad* y comprende la infinita separación existente entre la santidad divina y la propia impureza. El don de la piedad distingue en Dios la *pietas*, la bondad paternal, y le contempla con el amor temeroso de un niño, un amor que sabe discernir lo que al Padre del Cielo le es debido.

En el don de la prudencia se observa, mejor que en ningún otro, el discernimiento, el saber discernir qué es lo más conveniente para cada momento de la vida. Del don de fortaleza se podría pensar que depende solamente de la fuerza de voluntad. Pero la distinción entre una prudencia que, aún reconociendo el justo camino, no va por él, y la fortaleza que se deja cegar, es sólo posible en un plano puramente natural. Donde mora el Espíritu Santo, el espíritu humano se hace dócil, sin oponer resistencia. La prudencia determina sin oposiciones el comportamiento práctico, la fortaleza es iluminada por la prudencia. Las dos juntas, posibilitan al espíritu humano la adaptación dócil a cualquier situación.

Puesto que se entrega sin oponer resistencia al Espíritu Santo, consigue superar todo lo que se le presenta. Esta luz divina le hace discernir con toda claridad, con el don de la ciencia, que todo lo creado y todo lo ocurrido están ordenados a lo Eterno, y lo hace comprenderlo en su estructura, el puesto que le corresponde y la importancia que tiene. Le consiente, con el don del entendimiento, el poder investigar en la profundidad de la divinidad misma, y permite que la verdad revelada le ilumine claramente. En su plenitud, el don de sabiduría le une con la mismísima Trinidad, y le deja, por así decirlo, penetrar en la fuente eterna y, en todo lo que ella contiene y de ella mana, en un movimiento vital y divino que es amor y conocimiento en uno.

La *sancta discretio* es, por todo eso, radicalmente diversa a la discreción humana. Ella no discierne en base a un pensamiento progresivo, como puede ser el espíritu investigador humano; tampoco en base descomposiciones o compendios, o por comparaciones y agrupaciones, o concluyendo y demostrando. Ella discierne al igual que el ojo a plena luz del día el contorno de las cosas que tiene ante sí. El percatarse de los más mínimos detalles no impide que se mantenga la vista del todo. Cuanto más arriba sube el caminante, más amplio es el panorama que contempla, hasta que alcanza la cima desde donde contempla libremente todos los alrededores. El ojo del espíritu, iluminado por la luz celeste, alcanza las distancias más remotas y nada se le presenta indistinto o indistinguible. Edith Stein resalta la virtud característica de toda persona constituida en orientadora de otra: *discretio*. Esa virtud pone en juego una gama de otras virtudes de las que hablaremos en otro momento.

(Tomado de: ESCRITOS ESPIRITUALES, Edith Stein. (B.A.C) Colección: Clásicos de Espiritualidad, págs. 139-142).